

“He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra...” (Mt 10,34-11,1)

Jesús pronuncia esta frase en el contexto de una serie de orientaciones que da a los apóstoles antes de enviarlos a anunciar lo que habían oído y vivido con Él.

Les advierte que no ha *“venido a sembrar paz, sino espadas.”* Que ha *“venido a sembrar la enemistad entre el hijo y el padre”,* que *“los enemigos de cada uno serán los de su propia casa.”*

Son frases muy duras y altisonantes que debemos comprender desde el contexto global del Evangelio.

Es evidente que Jesús no propone la violencia y la enemistad sino que está haciendo referencia a otra dimensión del discipulado: la incomprensión, la persecución y hasta la pérdida de la propia vida en razón de la fe y por medio, no ya de enemigos declarados, sino de los más cercanos.

Prepara así a sus discípulos para que comprendan que la opción por el Reino no es un pasaporte a la tranquilidad sino que en muchas ocasiones implicará una confrontación con personas quizá muy queridas. *“El que quiere a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí.”*

Es más, la radicalidad evangélica reclama del discípulo la capacidad de controlar y negar todo lo que en su misma persona no es coherente con la Buena Nueva: *“...el que pierda su vida por mí, la encontrará.”*

Esta “lucha” orientada hacia uno mismo y que muchas veces nos enfrenta a los demás, a los de nuestra *“propia casa”* ha estado y estará presente en la vida de todo discípulo. ¡Qué difícil se nos hace el “no negociar con la mediocridad” cuando de por medio está en juego el cariño, el respaldo afectivo de quienes dicen querernos y a quienes queremos!

¡Cuánta libertad nos da, en cambio, la capacidad de confrontación, de objetivación evangélica sin calcular el rédito personal y social!

Todos, en mayor o en menor medida conocemos los costos de una vida coherente. Y nos duele mucho cuando la incomprensión llega desde quienes están a nuestro lado. Jesús nos lo ha advertido. Es sin duda alguna la cruz más difícil de llevar. Las experiencias personales e institucionales al respecto sobreabundan ya que la debilidad, propia y ajena, asoma por todos los rincones.

En tales circunstancias es bueno reconocernos en el espejo de la Palabra y, sin victimismos, serenarnos en la certeza de estar buscando el bien y la verdad, sin contrapartida alguna.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

